

Tendencias globales y locales de la crisis sistémica Buscando oportunidades de cambio

*Global and local trends of the systemic crisis
Looking for opportunities for change*

Alfredo Seoane Flores¹

Resumen

La pandemia del coronavirus, que desata una profunda crisis económica global, produce el decrecimiento. Los pasivos, con los pobres y marginales, con el medioambiente y la naturaleza, se incrementan, mientras que el capitalismo de casino es cuestionado en sus fundamentos. Entonces, toma fuerza la necesidad de deconstrucción, que requiere una nueva arquitectura sistémica basada en la cooperación, que se preocupe por el medioambiente y por el bienestar de la humanidad. Sin embargo, en las esferas del poder mundial se produce una acumulación de tensiones que amenaza con generar ingobernabilidad y violencia. Situación parecida a la pre Segunda Guerra Mundial, que derivó en una gran conflagración, superada a través de una hegemonía incuestionada, económica, militar y política. Actualmente, los actores más destacados buscan acomodos para definir una arquitectura del sistema favorable y no existe un liderazgo visible, pero es deseable que estén en línea con las necesidades del planeta, la naturaleza y la humanidad. En esa dinámica, las capacidades de interlocución de los pueblos en general, y de Bolivia y de Sudamérica, hacen relación con aspectos esenciales: biodiversidad, oxígeno para el mundo, recursos naturales, alimentos y pueblos culturalmente auténticos. Pero su capacidad para empoderarse y deconstruirse, abandonando el extractivismo, es un tema axial. Los actores locales son fundamentales para una energía que desde abajo produzca el cambio.

1 Alfredo Seoane Flores es docente investigador del Postgrado en Ciencias del Desarrollo-Universidad Mayor de San Andrés (CIDES-UMSA), donde actualmente es el director. aseane@cides.edu.bo

Palabras clave: Deconstrucción, sistema internacional, extractivismo, nuevas oportunidades.

Abstract

The COVID-19 pandemic that is unleashing a deep global economic crisis, is producing de-growth. Liabilities against the poor and marginalized, against the environment and nature increase, while casino capitalism is questioned on its foundations. In consequence, there is a strong need for deconstruction that requires a new systemic architecture based on cooperation, which cares about the environment and the well-being of humanity. However, in the spheres of world power there is an accumulation of tensions that threatens to generate ungovernability and violence. A similar situation to that of the pre-Second World War, which led to a great clash, that was overcome through an unquestioned, economic, military and political hegemony. Currently, prominent actors are looking for ways to define a favorable system architecture and there is no visible leadership, but it would be desirable that this leadership converges with the needs of the planet, nature and humanity. Within this dynamic, the interconnection capacities of peoples in general, and of Bolivia and South America, are related to essential aspects: biodiversity, oxygen for the world, natural resources, food and culturally authentic peoples. But, the ability of these actors to empower and deconstruct themselves by abandoning extractivism is an axial issue. Local actors are essential for an energy that produces change from below.

Keywords: Deconstruction, International System, extractivism, new opportunities.

“Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado, y, al fin, el hombre se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida y sus relaciones con los demás.”
Marx y Engels (2013: 55)

“Long revered as a stalwart of a capitalist society the need to grow has come to overshadow everything else. We prioritise it over our personal health, we prioritise it over the health of the planet and we prioritise it over our happiness.”²
Jacinda Ardern (primera ministra de Nueva Zelanda) (2020)

2 “Durante mucho tiempo la sociedad capitalista ha venerado la necesidad de crecer, eclipsando todo lo demás. Lo priorizamos sobre nuestra salud personal, lo priorizamos sobre la salud del planeta y lo priorizamos sobre nuestra felicidad.” (Traducción libre del autor.)

Introducción

Con la crisis del COVID-19, que algunos califican de sistémica y hasta de civilizatoria, la hipótesis del decrecimiento se hace realidad. Así, vemos que el producto mundial decrece raudamente y genera muchas tensiones. Los pasivos sociales se están acumulando sin pausa en esta crisis y algunos pronostican que será realmente de las más graves que se ha vivido en la historia contemporánea. Problemas preexistentes, como el desempleo y la precarización del empleo, la profundización de las desigualdades de género, la juventud y la niñez sin esperanza y sin educación de calidad, el incremento de la pobreza y de la pobreza extrema, los sistemas de salud colapsados y otros más, se exacerbarán a partir de ahora, en países ricos y pobres.

En contraste, vemos con cierta esperanza que el paro forzoso alivia el proceso de calentamiento global y la contaminación del medioambiente, demostrando la necesidad de pensar en otra forma de desarrollo que implique menos intervención dañina sobre el medioambiente y la naturaleza. El mismo COVID-19 es un producto de la desenfrenada actividad mercantil y de producción y acumulación de capital a ritmo cada vez mayor, lo que genera contaminación y deterioro ambiental. El ejemplo más importante es China, lugar donde se originó la pandemia.

En el marco de una impresionante actividad económica y creativa, cuyo motor propulsor son las nuevas tecnologías, con productos que se hacen accesibles masivamente, con conocimiento cada vez más profundo de las ciencias y de la naturaleza, persiste, sin embargo, una dinámica socioeconómica dominada por los negocios, la producción de cosas que no se necesitan realmente y la especulación financiera, mientras que temas de elemental humanidad y equidad no son atendidos ni reciben los recursos necesarios para gestionarse como bienes públicos. Esta situación llegó a dimensiones límite, de manera que ya no es posible continuar sin destruir las posibilidades de vivir con salud y con bienestar.

Algo trascendente está pasando y va a cambiar las situaciones hasta hoy existentes, debido a que el COVID-19 ha colapsado el elemento central de la vida en sociedad, que es el factor humano, tocado en su salud. Hasta ahora el pensamiento económico dominante consideraba al capital y al

equipamiento como los componentes de la estructura axial del sistema, y al factor humano como apendicular. Con esta pandemia, más temprano que tarde, se trastocará la prevalencia de la relación entre los seres humanos y con la naturaleza. No es posible adivinar tiempos, pero ¿cuánto tiempo puede servir tener cosas y dinero si no se tiene la capacidad de sobrevivir y de vivir con salud y bienestar?

Los actores dominantes del presente, Estados poderosos y megaempresas que dirigen el mundo, con predominio del capital financiero, tienen una inmensa cantidad de ramificaciones o de encadenamientos que son su base, pero en su dinámica capitalista no contemplan un interés genuino por la naturaleza y la humanidad. Domina el pensamiento de que lo importante es el beneficio del capital, lo que automáticamente, se dice, beneficia a la sociedad, haciendo un paralelo con la máxima de Smith. Esto ahora está en duda y también la idea de que la ciencia, al servicio de estos poderes y el uso de la fuerza pueden dar continuidad al mismo esquema de actividad centrada en el dinero, bajo la lógica de la ganancia, en toda circunstancia.

La humanidad va hacia otros derroteros, desplazando la lógica del capital, predominantemente parasitario o de casino, y preservando la lógica de la creación de valor. Mazzucato (2019) sostiene, con razón, que hay firmas productivas que crean valor y otras, como los que especulan en la bolsa o las farmacéuticas, que viven de sus patentes, que esencialmente extraen valor o incluso se enriquecen a costa de destruir lo que han creado otros. Para Mazzucato, este segundo tipo de empresas conforma un “capitalismo parasitario” que está en el corazón de la dificultad de crecimiento que se observa en muchos países.

En Bolivia, el contagio con COVID-19 permitió que se develará un sistema de salud endeble y descuidado, al igual que toda la provisión de bienes públicos, que incluye la salud, la educación y el saneamiento básico, cuya incapacidad de atender la emergencia se debía a una mínima cantidad de inversión que recibió, en comparación a otros rubros del presupuesto. En efecto, se destinaron ingentes recursos a áreas no esenciales para el desarrollo del país, como fue la millonaria propaganda del caudillo, el Programa “Bolivia cambia, Evo cumple”, aviones y helicópteros para su transporte, aposentos y oficinas de lujo, museo dedicado a su persona, propaganda

desmesurada en medios, además de los dispendios en elefantes blancos de todo tipo. Pero a salud, educación y saneamiento básico muy poco, con el lema del “Vivir Bien” incluido.

Ese lema del “Vivir Bien” formó parte del planteamiento de cierta intelectualidad “progresista”, preocupada por el cambio climático y el deterioro medioambiental, que planteaba la necesidad de cuidar los equilibrios con la naturaleza y postulaba el decrecimiento económico como una fórmula para atender la situación del cambio climático, etcétera (véanse: Escobar, 2015; Svampa, 2015, entre otros), y, para sorpresa generalizada, el decrecimiento se ha producido súbitamente. En escala planetaria, tenemos la debacle de las constantes que organizaban la gran maquinaria económica y determinaban el funcionamiento de las megainfraestructuras, despreocupadas por la convivencia armónica con la naturaleza.

La pregunta que nos hacemos es: ¿qué tan factible es poner en práctica un proceso de decrecimiento ordenado, toda vez que se ha mostrado cierta impostura en el accionar del progresismo oficial en los países que levantaron el lema de Vivir Bien para practicar exactamente lo contrario? Pero, al mismo tiempo, debemos decir que la situación actual muestra que existe la necesidad cierta de transitar por un cambio de dinámica a un uso más racional de los recursos y, en general, a una deconstrucción del patrón de desarrollo de la economía, que ponga como prioritario sustentar las bases de una sostenibilidad que reproduzca un bienestar y una armónica relación entre la reproducción de la humanidad con la naturaleza.

Ante la debacle de ese “edificio” es necesario pensar cómo se puede articular la oportunidad para construir una arquitectura social y económica diferente. Se trataría de perfilar el contenido del llamado “posdesarrollo” y pugnar para que la economía juegue a favor de la vida y de la naturaleza, incluyendo a los países económicamente débiles y atrasados. Este es un desafío intelectual de considerables proporciones, que toca al sistema en múltiples dimensiones, impele la transformación del multilateralismo (globalismo) y, por supuesto, es un desafío a las políticas públicas que puedan y quieran llevar adelante los Gobiernos nacionales y los actores locales.

¿Cómo se puede hacer para que el decrecimiento sea socialmente aceptado y políticamente viable? ¿Cuál sería esa agenda que lleve a una

deconstrucción de la economía y de la política? En respuesta, es posible argumentar que, en general, se necesita una nueva arquitectura del sistema internacional, acompañada por nuevos contratos sociales en los países para la salida creativa de la triple crisis que se vivirá por largo tiempo (sanitaria, económica y sociopolítica).

Dado que actualmente todo se mueve en un mar de incertidumbre, es dable pensar que perplejos e inmóviles tomadores de decisiones esperan salidas provenientes desde afuera, mientras que en la disputa hegemónica global y local se pueden generar tensiones y procesos de deterioro de la convivencia, con despreocupación de la suerte de las periferias geoeconómicas, humanas y naturales. Pero es claro que lo más importante para hacer y lograr una salida a la crisis está en la dinámica endógena de las sociedades; en el caso específico boliviano, en darle al patrón de desarrollo un giro sustantivo que lleve a abandonar la competitividad espuria, basada en el extractivismo de los recursos naturales y la baratura de la fuerza de trabajo, que generan graves problemas al ambiente natural y social, tan rico en biodiversidad, y, a partir de ello, adquirir nuevas ventajas competitivas asociadas a la creatividad, al entorno natural que le favorece y a la productividad bien entendida.

La interacción dinámica entre seres humanos, naturaleza y sociedad (lo que incluye mercado y Estado) no puede ser concebida como compuesta por elementos exógenos, accesorios o dados, como estila tratar estos temas una ineficiente e insuficiente modelización que realizan las principales corrientes de la teoría económica tradicional, llamada “*main stream*”. En las condiciones críticas del presente, todo indica que es necesario deconstruir la economía tradicional, en sus fundamentos negadores de la importancia de lo humano y de la naturaleza.

Lo que ahora se pone en sería duda y cuestionamiento es la idea de que la naturaleza es un factor que ofrecerá recursos de manera permanente e inconmensurable, que siempre serán posibles de utilizar en beneficio de la producción y del consumismo, ya que se cree que superar sus eventuales restricciones por la ciencia y la tecnología siempre es posible y, con ello, el crecimiento permanente. ¡Es un hecho palpable que esto ya no es posible!

En este artículo, repasando eventos históricos y teóricos de la configuración del sistema internacional, en la primera parte buscamos definir conceptos y procesos constantes que provocan las catástrofes y las recuperaciones. En la segunda parte pasamos al análisis de las propuestas que se están debatiendo y cómo esto se expresa en el posicionamiento de los principales actores, que deberían tener respuesta en las esferas multilaterales y en las agendas nacionales, particularmente de los países que no cuentan con suficientes recursos de poder capaces de definir cursos de acción en escala global.

Las catástrofes y sus efectos económicos, sociales y políticos

No es extraño para la historia de la humanidad que se hayan vivido catástrofes que modificaron radicalmente la manera en que se organiza la vida en sociedad. Guerras y pandemias han desolado continentes, provocado millones de muertes y generado mayor pobreza, hambre y crisis económica generalizada. Tuvieron efectos humanitarios, con fallecimientos de gran cantidad de personas, y efectos sobre las capacidades productivas y la infraestructura, destruyéndolas o inutilizándolas, por periodos determinados. Las crisis de carácter económico se combinaron con aquellas catástrofes, siendo precedente y causantes indirectas de las conflagraciones y/o *ex post*, sintiendo los efectos destructivos de las pandemias, los desastres naturales o las guerras.

Nos enseña la historia que el resurgir, el “día después”, se convierte en una oportunidad de cambio y de renovación. En los casos más cercanos en el tiempo, a partir de un mayor conocimiento y de recursos tecnológicos, se tomaron ciertas medidas y, como consecuencia, ocurrieron procesos evolutivos que mejoraron las condiciones tras la calamidad, evitando un mayor hundimiento y permitiendo cambios institucionales que conllevaron una mejoría en la situación de las personas.

Es importante analizar las diferencias entre los efectos de las pandemias en la economía y los de una conflagración bélica. En las primeras, se afecta la vida de las personas, generando detenimiento de la actividad normal, pero no se destruye la infraestructura ni los bienes de capital, que quedan

paralizados, sí, pero solo afectados por su no utilización temporal. En ese sentido, ha sido muy estudiada la pandemia de la peste negra, ocurrida allá por mediados del siglo XIV, que causó millones de muertes y redujo la población de Europa significativamente, lo que dio lugar a una escasez relativa de mano de obra, que repercutió de varias maneras, generando el incremento de los salarios, la mayor disponibilidad de capital por trabajador, la necesidad de apuntalar la productividad del trabajo mediante mejoras institucionales y operativas, tecnológicas, etcétera, que sería uno de los cambios que favoreció la desaparición o muerte del feudalismo y el surgimiento de un mercantilismo proto-capitalista (Beltrán, 2020).

En el caso de las guerras internacionales y las conflagraciones parecidas (guerra civil), además de la pérdida de vidas humanas se produce la destrucción de los activos, como las industrias instaladas, las carreteras y la infraestructura en general. Entonces, sus efectos son diferenciados una vez que pasa la emergencia y es necesario afrontar la reconstrucción de la “normalidad”, requiriendo para ello medidas un tanto distintas para la reactivación o la reconstrucción.

En el primer caso, las necesidades de capital son menores y se requiere, sobre todo, “capital de trabajo”. En el segundo caso, las necesidades son lógicamente mayores, para afrontar la reconstrucción; como en la post Segunda Guerra Mundial, cuando se requirió un “*big push*” de inversiones bajo la forma de Plan Marshall, por ejemplo.

La situación pospandemia se parece a la que sobreviene cuando hay crisis económica por insuficiencia de demanda, ya que el producto interno bruto potencial es alcanzable mediante la utilización de la capacidad instalada ociosa, la que se logra expandiendo la demanda agregada. Bajo estas circunstancias, ya que el factor capital no es escaso en términos relativos, su rendimiento disminuye respecto a la remuneración del trabajo y es a través de la intervención pública que el impulso a la demanda y la baja de la tasa de interés se traducen en una ampliación de la producción. Sin embargo, si el estímulo va dirigido, además, a una reconversión productiva de largo plazo, que eleva la llamada “eficacia marginal del capital”, la ampliación de la capacidad instalada jugará a favor del crecimiento sostenido y de la rápida y más potente recuperación.

La clave es lograr que la eficacia del capital se incremente, y eso depende de saber generar los estímulos para que el emprendimiento privado acompañe la transformación estructural, canalizando el esfuerzo de inversión a una nueva economía o, como desarrollaremos más adelante, a la deconstrucción de la economía bajo nuevas premisas acordes con la preservación o la reconstrucción de la sociedad de bienestar. Para ello, la lógica de la acumulación debe cambiar, dado el nuevo enfoque que va a tener el desarrollo, lo que se llama “deconstrucción del desarrollo”, que implica inversiones con mejor retorno para proveer bienes públicos y dar beneficios a la sociedad, que son las que definiremos más adelante.

¿Qué nos enseñan la crisis de 1929-1933 y la segunda posguerra?

Cuando se produjo la crisis económica causada por una caída de la demanda y la volatilidad de los mercados bursátiles, en 1929, la infraestructura no fue afectada mayormente, sino que las personas se encontraron sin empleo y con menores ingresos, y las fábricas existentes y otras infraestructuras quedaron relativamente sin uso. Apareció la capacidad ociosa en niveles muy altos y, como consecuencia, la desvalorización del capital y de los activos, con una caída espectacular de sus precios y de su rendimiento. La política aplicada durante el llamado “*New Deal*” del presidente de Estados Unidos, Roosevelt, desde 1933, consistió en que esa capacidad instalada dejara de estar ociosa a partir de un gasto público expandido que, incrementando la demanda efectiva, generara ocupación de los equipos y de los trabajadores.

Keynes (1980 [1836]) teorizó acerca de la necesidad de que los Gobiernos respondan ante la retracción del gasto privado con expansión del gasto público, generando demanda efectiva para darle salida a la producción que queda estocada por escasa demanda. En Estados Unidos se enfatizó, durante el *New Deal*, la creación de nueva infraestructura adecuada a la emergencia de nuevos actores pujantes, como la industria automotriz y la de consumo duradero en general, constituyendo el estímulo necesario para que las nuevas inversiones en los sectores nuevos se produjeran y elevaran la productividad.

En Alemania el caso fue algo diferente, ya que ese incremento del gasto gubernamental estuvo dirigido por un espíritu guerrerista, de manera que el sector dominante fue el de la industria militar-armamentista. Esta tendencia podría asumirse como una desviación del planteamiento de Keynes o lo que algunos llamaron el “keynesianismo militarista”.

En efecto, una de las derivaciones perversas de este planteamiento fue el incremento del gasto militarista de los Gobiernos, que tuvo un efecto pernicioso, ya que, en varios países de Europa, en la década de 1930, la producción de armas fue el hecho preparatorio de la guerra. También es en ese periodo, caracterizado por las prácticas proteccionistas, que se extendió y se generó una contracción del comercio internacional, y emergieron disputas geopolíticas por espacios de influencia y de dominio de las rutas comerciales y de las fuentes de recursos naturales. Así, la guerra se hizo inevitable, con su legado de muertes y de activos productivos y de infraestructura destruidos.

Es posible concluir que el keynesianismo de aquella década, sobre una intervención centrada exclusivamente en la magnitud del gasto, no pudo resolver otras cuestiones más agudas que afectaban la economía mundial, como una liquidez internacional insuficiente, prácticas comerciales y cambiarias proteccionistas, el problema del financiamiento de los desequilibrios de la balanza de pagos y la modalidad de ajuste recesivo, que implicaba la tenaz problemática del colonialismo y la inexistencia de políticas de apoyo al desarrollo de las periferias. Estos problemas se “solucionaron” de manera hartamente conveniente a los intereses de Estados Unidos, con la construcción del denominado “Nuevo Orden Económico Internacional”, que se produjo en la Conferencia de Bretton Woods, en 1944.³

3 La Conferencia Internacional de Bretton Woods generó un nuevo orden económico internacional, que dio origen al Fondo Monetario Internacional, al Banco de Reconstrucción y Fomento, y al Acuerdo General de Aranceles y Comercio, que remplazó a la Organización Internacional del Comercio. Buscaba la liberalización del comercio y la estabilidad de la economía. Se basaba en un nuevo patrón monetario llamado “oro-dólar”, ligándolos por una paridad fija que proveía de liquidez internacional, según las necesidades, así como recursos para la reconstrucción de Europa y el fomento del desarrollo. También impulsó un sistema de comercio para liberalizar los intercambios, lo que promovió el crecimiento del comercio mundial. Véase: Lipton (2019).

La visión de reconstrucción de la economía mundial que se pergeño allí, con la participación importante del mismo Keynes y de otros “keynesianos”, consistió en recrear una economía internacional que, bajo principios liberales, expandiera el comercio y el intercambio, contando para ello con un sistema de pagos y de ajuste, y con financiamiento de los desequilibrios de la balanza de pagos.

Asimismo, con la Carta de San Francisco, que llevó a la creación de las Naciones Unidas (1945), y la muy importante Conferencia de Bretton Woods (1944), se encaminó a solucionar varias disputas geopolíticas. Las ideas allí plasmadas fueron de gran creatividad, logrando un sistema de expansión y de desarrollo económico capitalista, de paz, bajo la hegemonía “benévola” y el gran avance de las ciencias y de la producción.

Como consecuencia se tuvo la expansión económica más grande de la historia y un periodo de paz relativa, con sus consecuencias subsecuentes que hoy explican, en parte, la globalización, el multilateralismo y una serie de regímenes internacionales, como los actuales Objetivos de Desarrollo Sostenible y sus predecesores, los Objetivos de Desarrollo del Milenio, impulsados por todo el Sistema de Naciones Unidas, o el régimen de mitigación del cambio climático y el deterioro del medioambiente, entre muchos otros regímenes internacionales que dan gobernanza relativa al mundo internacional.

Resumiendo, podemos decir que se logró superar una situación de extrema violencia, reconstruyendo las economías y consiguiendo una relativa tranquilidad y paz, fundamentos de una gran expansión del sistema capitalista en escala global, que fue desafiada temporalmente por la disputa con la entonces Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, llamada “Guerra Fría”, sin llegar a romper los principios o las bases de este sistema. También se logró superar algunas coyunturas de grave amenaza para la paz y la estabilidad económica, atendiendo, además, una agenda de descolonización y desarrollo.

Todo ese legado está en serio cuestionamiento hoy, dado el colapso que se ha producido y continúa profundizándose en la generalidad de las economías del mundo, debido, en lo coyuntural, a la pandemia del COVID-19, que expresa cuestionamientos profundos a las estructuras vigentes que

producen desequilibrios inmanejables al sistema natural que nos procura la subsistencia.

Los grandes progresos y las posibilidades de transformación que representa el avance de la ciencia y de la tecnológica tienden a estar dominados por la lógica de intereses y de disputas geopolíticas, comerciales o de predominio, y no por la sustancial necesidad de la reproducción de la vida humana y de la naturaleza. Parece que es verdad el epígrafe con el que empieza este artículo, referido a que el crecimiento del producto interno bruto es el *leitmotiv* de la sociedad y del sistema, sin preocupaciones por las personas, el medio natural y el bienestar social.

Con aún incierta contundencia, esta forma de gestionar la situación debe cambiar a raíz de la pandemia, porque amenaza la reproducción de la vida humana y nos recuerda la fragilidad del mundo humano frente a la fuerza de la naturaleza. Es evidente que un giro de gran envergadura debería ocurrir, pero es dudosa la capacidad que tengan tanto los factores y los actores determinantes en el mundo actual como las motivaciones conducentes a ese cambio. Es obvio que, con dinámicas influidas desde lógicas capitalistas depredadoras, estas parecen estar muy alejadas de la urgente necesidad de un cambio significativo de la forma de organizar la economía.

El mercado y la libertad de movimiento de los factores productivos y del dinero no aparecen como capaces de darle salida a este grave problema. En realidad, nunca fueron capaces por sí mismos de hacer nada, ya que, históricamente, el Estado y el mercado funcionaron articulados, como las dos patas de la modernidad desde que el capitalismo empezó.

En todos los eventos de crisis anteriores, incluso el más reciente previo al actual, la crisis del *sub-prime*, vemos patentizada la necesidad de que el Estado ejerza roles que van desde prestamista de última instancia a promotor de la reactivación, entre otros. En la sociedad contemporánea, han sido los Gobiernos los que, gastando enormes cifras de dinero y recursos públicos, lograron parar la debacle y encontrar “la salida”.

Economistas como Mazzucato (2019) argumentan sobre la existencia de cierto tipo de capital parasitario, que se ha vuelto dominante, señalando que no todos los que se hacen ricos lo hacen para beneficio de la sociedad, creando valor. Existen los supuestos creadores de riqueza que aprovechan

situaciones de mercado, de poder y de especulación para amasar ingentes riquezas, con un alto costo social o sin beneficio social alguno. Las corporaciones financieras, las grandes farmacéuticas, los monopolios del conocimiento son algunos de los ejemplos de los que a nombre de la libertad de empresa realizan el “capitalismo de casino” o disfrutan de posiciones de monopolio, causándole a la sociedad enormes costos y daños a la economía real y al bienestar de la sociedad.

Pero también debemos señalar los grandes desequilibrios que causa la lógica exclusiva del beneficio del capital sobre la naturaleza y las posibilidades de la vida con bienestar. El problema emerge en muchas partes del planeta debido a la pérdida de biodiversidad, que implica una pérdida de la capacidad de resiliencia de la biósfera y, por tanto, una mayor fragilidad del ecosistema en el que vivimos y del cual obtenemos los materiales y los alimentos que necesitamos, además de oxígeno, agua y estabilidad climática, entre otros elementos esenciales para la vida que no están incorporados en la contabilidad mercantil capitalista. Los costos del deterioro de tales dimensiones, que resultan de la producción y del crecimiento de la actividad productiva a la que nos impele el patrón de desarrollo y de crecimiento dominante en el sistema, no son contabilizados ni registrados como pasivos que se debe reponer.

El desequilibrio de las formas de afrontar la ruptura entre la economía capitalista y el medio natural es creciente, y ha explotado con el enorme dinamismo de la economía china, que es seguida por muchos de sus vecinos en Asia y exportada a todo el mundo, mostrando una voracidad sin límite en cuanto a la explotación de los recursos naturales y a la contaminación del medioambiente.

La pandemia del COVID-19 tiene su explicación y su origen en esos desequilibrios a los que nos está arrastrando el estilo de desarrollo dominante en la actualidad. Una tarea ineludible del presente sería poder mantener la naturaleza, diversa y floreciente, como aporte fundamental al sistema que sustenta la vida en el planeta. Ello seguramente implicará que el frenético ritmo de consumo y de producción que nos transmite el estilo chino, fomentado desde los centros, tenga que frenarse, como también el predominio de las grandes organizaciones que promueven el enriquecimiento demencial de sectores parasitarios del capitalismo de casino.

En ese sentido, entendemos que la deconstrucción significa algo más que reconstrucción y algo diferente a destrucción: es la implantación de una lógica diferente que recupera lo bueno y elimina lo malo, y construye nuevas fórmulas de convivencia entre la humanidad y con la naturaleza.

De la crisis sistémica a la deconstrucción

La recesión económica se suma hoy a la grave crisis sanitaria. Un factor exógeno a la economía, al mercado y a la producción ha colapsado el sistema. Es el cuerpo humano, inicialmente, el afectado por un elemento invisible que se expande como pandemia, pero también esta crisis es generada, en último término, por el desequilibrio entre las dinámicas humanas y las de la naturaleza, en el marco de este sistema capitalista de producción incesante y creciente, que algunos llaman “capitalismo salvaje”, que pretende ignorar los límites puestos por la convivencia de especies y equilibrios vitales. Esto ha puesto límites al desempeño del patrón de la globalización, como venía ocurriendo, y nos debe llevar a la visualización de las transformaciones que se necesitan.

Si el sistema está en crisis, ¿qué fuerzas se están configurando y cuáles mundos alternativos podemos vislumbrar, sin dejar de ser realistas?

El efecto de la pandemia es desencadenante de una crisis que está afectando el estilo de vida humana en sociedad, pero no es un factor único o exclusivo. En realidad, son múltiples factores que se están uniendo para generar una crisis de alcance sistémico, más aún cuando se tiene una situación de desafíos globales que requieren respuestas globales, como el cambio climático, las pandemias, las crisis económicas y financieras, las migraciones y otros factores generadores de tensiones internacionales, como el desafío chino a la hegemonía económica y geopolítica de Estados Unidos, que por la pandemia se están tensionando dramáticamente. Todo lo anterior empezando por la recesión económica que causan el confinamiento y el aislamiento social al que nos obliga el COVID-19, que solamente sería el factor desordenador de la “normalidad” cotidiana, pero que sorprendentemente colapsó en cuatro meses las economías del mundo entero, con pocas excepciones.

En el pasado, el sistema tuvo momentos de inestabilidad, crisis, inflexión y cambios, propiciados por las grandes conflagraciones entre los Estados hegemónicos y sus áreas de influencia o por eventos como las crisis económicas, que produjeron inestabilidad financiera, alto desempleo y pobreza, o, también, por eventos terroristas que afectaron y tuvieron consecuencias en todo el sistema, como el del 11 de septiembre de 2001, en Nueva York, por ejemplo. Ahora, una fuerza diferente y tremendamente desequilibrante, la pandemia del COVID-19, genera gran zozobra, miedo y paralización.

El caso de la Segunda Guerra Mundial es interesante porque constituye el más apropiado ejemplo de que, una vez acabada la tragedia, con su estela de destrucción, originó una eficaz reconstrucción de la convivencia entre las naciones que se habían enfrentado. Esto porque, para ser superada, requirió una nueva arquitectura y un cambio de visión hegemónica, correlativo a la forma de organizar la economía mundial y las relaciones entre los Estados, que se necesitaba para reactivar de forma duradera la economía mundial.

La actual gran crisis desata las fuerzas que probablemente requerirán pergeñar algo creativo e innovador para construir una nueva arquitectura internacional. Es una crisis muy diferente y de lo que se trata no es tanto de darle continuidad o un nuevo impulso a la vorágine de expansión del capitalismo, sino de imaginar un nuevo sistema mundo, capaz de deconstruir, sobre bases adecuadas, la sociedad globalizada, tecnológicamente avanzada, democrática y en armonía con la naturaleza.

Tal como recién dijimos, no es solo la pandemia, sino que esta viene sobre un cúmulo de tensiones, desequilibrios y presiones, precipitando el hervor de algo que se estaba “cocinando a fuego lento”, de manera que las decisiones y las posturas que se tomen tendrán efectos determinantes, y requerirán de propuestas y de posicionamientos de los diferentes actores de la esfera mundial o global.

Imaginar cuáles podrían ser los escenarios que convoquen al mundo a cooperar, y sobre qué premisas debería realizarse esa reforma y transformación para darle continuidad a la vida en el planeta, puede ser puramente especulativo en base a premisas insuficientes. No bastará con pensar, en general, en la necesidad de una nueva arquitectura del sistema internacional, que pase a definir la necesidad de atenuar la frenética carrera por el crecimiento,

sin parar mientes en las consecuencias que eso tiene sobre los equilibrios entre actividad humana y naturaleza viva. Hace falta algo de mayor contundencia en términos concretos, plasmado en regímenes internacionales, políticas públicas y movilizaciones sociales a partir de acuerdos políticos concretados, más allá de las generalidades abstractas, que solo puede surgir de un claro liderazgo.

En ese escenario sistémico y global, las grandes fuerzas que se confrontan tienen determinaciones históricas que nos pueden llevar a una inestabilidad e ingobernanza global, a una profundización de la crisis, con escaladas cada vez más violentas, lo que se conoce como una anarquía con graves desequilibrios y amenazas de soluciones violentas. O podrían servir de oportunidad para que se puedan llevar adelante agendas de reforma y de transformación para limpiar las situaciones de factores adversos al cambio necesario.

A falta de certidumbres, en este artículo esbozaremos algunos indicios que pueden ser extraídos de las manifestaciones que los principales actores en el escenario global, regional y nacional tienen en torno al tema, a fin de perfilar ciertas líneas gruesas de lo que podría acarrear el porvenir.

Como todo sistema, el internacional (y el de la globalización) tiende a encontrar las bases para su establecimiento y trata de alcanzar un equilibrio luego de que se producen los eventos desequilibrantes que frenan la continuidad, a partir de catástrofes o de la toma de conciencia de las consecuencias catastróficas que pueden sobrevenir. Un escenario de caos y de confrontación permanente no es una posibilidad imaginable, pero sí lo es uno temporal, emergente de una nula o una escasa cooperación entre Estados, que incluso se confronten bélicamente sin poder definir consensos y acuerdos duraderos, lo que en algún momento debe terminar en un nuevo entendimiento, una nueva repartición del poder, que logre un nuevo equilibrio, con un nuevo arreglo constitutivo, o, en el límite, la destrucción total del sistema.

A esa transformación, que no implica la destrucción sino la mejora en la calidad de la convivencia y de la relación de la vida humana con la naturaleza, en este artículo llamamos “deconstrucción sistémica”.

La falta de liderazgo global es un asunto peligroso para este tiempo, como lo fue en la década de 1930, cuando los nacionalismos y las opciones

no cooperativas se impusieron y generaron el desequilibrio que fue una de las causas que llevaron a la Segunda Guerra Mundial. En cambio, el periodo posguerra tuvo un liderazgo clarísimo, que propuso al resto del mundo un marco cooperativo de reconstrucción y de creación de un orden internacional “benévolo”, que no todos aceptaron, pero que ha funcionado relativamente bien hasta ahora.⁴

Como mencionamos, la disposición a cooperar que tuvieron los Estados tras la Segunda Guerra Mundial fue el marco que hizo posible que se acumularan varios eventos de consolidación de un nuevo orden económico y político, pero fueron también producto de un liderazgo que además imponía lineamientos en base a su poder económico y militar.

Más allá de precisar qué tipo de escenarios cooperativos pueden darse en el presente, destaca la importancia de la cooperación internacional para construir el futuro ahora. Al respecto, Sachs pronostica que “[h]ay un principio general en las crisis económicas globales: sin cooperación, una crisis como esta puede crear una sombra de depresión muy larga” (en Lissardy, 2020a), y argumenta que el liderazgo de Estados Unidos está sin rumbo, por carecer de un presidente a la altura del desafío, y que China tampoco puede ejercer uno por su enorme déficit de democracia y por el gran centralismo estatista.

Con un argumento que nos parece de gran sensatez, Sachs señala que “[l]a recuperación principal tendría que comenzar por la salud pública. Y luego por la limpieza financiera, porque habrá muchos países en incumplimiento efectivo de pagos, o en una crisis financiera” (*Ídem*), la que podría ser más o menos rápida si hubiera esos liderazgos preclaros. Sin embargo, también dice: “Creo que eso es muy improbable ahora. Y lo atribuiría a la política, más que a la naturaleza intrínseca de cualquier crisis” (*Ídem*). Afirma, igualmente, que lo que está pasando le lleva a un pesimismo expresado en la sentencia siguiente: “crisis como estas se resuelven o se alimentan de sí mismas. Son procesos dinámicos, por lo que van de mal en bien o de mal en peor. Y esta, está en la dirección de ir de mal en peor” (*Ídem*).

4 Al respecto, véanse, entre otros, los trabajos de: Kissinger (1992), Morgenthau (1992), Baylis *et al.* (2019) o Mingst (2006).

Por su parte, el secretario general de Naciones Unidas sostiene que “[e]l coronavirus es el mayor reto para el mundo desde la Segunda Guerra Mundial” y que “[e]s obvio que nos falta el liderazgo que solo puede ser posible si [...] las potencias mundiales clave son capaces de aproximarse, adoptar una estrategia común y luego reunir a toda la comunidad internacional” (Guterres, 2020). A su vez, el Fondo Monetario Internacional argumenta que las medidas para combatir la pandemia, como el aislamiento y la cuarentena, traerán la peor recesión económica desde la Gran Depresión (*Ídem*).

El profesor de la Universidad de Oxford, Goldin, en un reportaje de la BBC News Mundo (en Lissardy, 2020b), plantea la disyuntiva de dos escenarios globales generados por la crisis del COVID-19; uno con crecientes divisiones y otro con mayor cooperación internacional. Abunda su análisis planteando que para desarrollar una cruzada de cooperación y de solidaridad para superar esta crisis, y que sus efectos no sean muy negativos, es necesario un liderazgo como el que ejerció Estados Unidos en la post Segunda Guerra Mundial, de manera que es lícito cuestionarse quién ocupará el espacio que está cediendo Washington. Concluye que “podemos tener optimismo, pero no vemos liderazgo desde la Casa Blanca”, e indica que, a su vez, “China no puede asumirlo y el Reino Unido no puede liderar en Europa” (*Ídem*).

En cambio, el empresario multimillonario Gates propone que se busque la instauración de un gobierno global. Ya en 2015 Gates vaticinaba que el próximo gran riesgo para la humanidad no sería un cataclismo nuclear provocado por las potencias de la Guerra Fría, sino que el riesgo de una catástrofe global consistiría en una pandemia causada por un virus altamente infeccioso que se propagaría rápidamente por todo el mundo y contra el cual no estaríamos listos para luchar. También abogaba por la creación de “una especie de Gobierno mundial”, argumentando que la creación de un sistema de este tipo resulta imprescindible para combatir los problemas más importantes, “como el cambio climático” (Lenoir, 2015). Gates ha ratificado esa posición en la situación actual y complementa diciendo que, pese a las reticencias que muestra el actual gobierno de Trump para avanzar en esa dirección, “EE.UU. acabará involucrado de forma más fuerte que ahora en la lucha global contra el virus” (Lissardy, 2020b).

En otro tema, entra en debate lo referido a las elecciones para nuevo presidente en Estados Unidos, en noviembre próximo, cuando podrían resultar dos escenarios probables: una inexistente o escasa cooperación internacional o una importante actuación cooperativa de Estados Unidos, dependiendo de quién ocupe el puesto a partir de 2021. Así, se pronostica que una reelección de Trump implicaría una mala noticia para la solución cooperativa, mientras que la elección del candidato demócrata Biden podría resultar en un mejor panorama para que ese país actúe en una colaboración entre grandes potencias. Lo indudable es que Estados Unidos es y será el actor de primer orden en tales definiciones que afectarán al mundo.

Al respecto, varios internacionalistas aseguran que cuatro años más de Trump en la presidencia de Estados Unidos llevarían a una situación parecida o comparable con la prevaleciente en los años de entreguerras, de 1920 a 1939, en la que predominó la rivalidad en vez de la cooperación entre los Estados, mediante una lucha darwiniana de cada país por sus intereses y sus alianzas bilaterales, el comercio dirigido, las devaluaciones competitivas y el proteccionismo, que fue exacerbando las tendencias a la confrontación que llevaron a la Segunda Guerra Mundial (Bhagwati, 1990).

De todas maneras, hay lugar para el pesimismo, ya que desde la asunción de Trump se han producido tensiones y presiones mutuas, con China formando parte, junto con las desavenencias por los acuerdos comerciales, de una probable escalada entre ambas potencias. En Estados Unidos ha pasado a ser un tema principal de la política exterior la manera en cómo frenar a China y, frente al COVID-19, ambas potencias intercambian ácidas críticas y acusaciones, además de una evidente falta de coordinación política global ante el avance del virus. Se vincula esto con el vacío que está dejando Estados Unidos en el tablero internacional, en los últimos años, por una tendencia al aislacionismo, sobre todo durante la presidencia de Trump, con su lema "*America First*"; vacío que China trata de cōpar ejerciendo inversiones, comercio y cooperación hacia varios países de África y de América Latina, entre otros. Últimamente, ante la mala imagen que surgió por el descontrol de la pandemia, la diplomacia china está ayudando a los países afectados por el virus, incluso aquellos de Europa, como Italia o España.

En Estados Unidos se impone un enfoque nacionalista y unilateral, que va a contramano del papel de líder global que ese país asumió en la post Segunda Guerra Mundial, y hasta el presente, para establecer instituciones como la Organización de las Naciones Unidas, acuerdos como el de Bretton Woods o la ayuda para reconstruir Europa con el Plan Marshall.

En cuanto a la recuperación de la economía, existen opiniones referidas a que, una vez que se logre controlar la pandemia, y dependiendo de su duración y de cuándo se restablezcan los circuitos productivos y de comercio, podría darse una rápida recuperación, como la que ocurrió después de la Segunda Guerra Mundial. Esto debido a que esta crisis no es una guerra donde las bombas destruyen la infraestructura o la capacidad productiva de los países, sino que el capital y la infraestructura existentes no necesitan ser repuestos y, además, hay optimismo respecto a la cooperación internacional, que al igual que en la década de 1940 aportaría recursos para la reactivación de los países, a bajas tasas de interés. Sin embargo, de no darse un esquema de cooperación entre las potencias que “gobiernan” el mundo, la recuperación podría hacerse esperar más tiempo y, en ese caso, las restricciones comerciales y las competencias por los mercados, fuentes de abastecimiento entre las potencias, llevarían a una situación parecida a la del periodo de entreguerras, momento en que se acumularon tensiones que derivaron en agresiones y en la confrontación violenta. En ese caso el deterioro sería muy grande.

En los hechos, lo que observamos es el fortalecimiento de sectores y de Gobiernos de tipo nacionalista en los países que, justamente, ejercieron liderazgo en la posguerra para articular un sistema que tenga un componente multilateral importante. En efecto, Estados Unidos y Gran Bretaña, que fueron el pilar para la recuperación de la economía después de la Segunda Guerra Mundial, actualmente han asumido posiciones que debilitan el multilateralismo, como fue el Brexit, el cual implicó la salida de Gran Bretaña de la Unión Europea.

Es una mala noticia en las circunstancias actuales que se tenga esa confrontación con China y que países importantes no estén dispuestos a colaborar en solucionar conjuntamente problemas globales, como el calentamiento del planeta y la pandemia, entre otros, problemas que solamente

podrían ser afrontados con acciones cooperativas y soluciones globales gestionadas multilateralmente. Los bienes públicos globales solo pueden ser gestionados desde un enfoque multilateral, global, y la necesidad de hacerlo ahora es perentoria.

Siendo realistas, es probable que no se pueda ignorar las tendencias contrarias, y que están consolidándose, como el nacionalismo de los centros, teniendo además problemas latentes, como los conflictos geopolíticos, que seguirán presentes entre China y Estados Unidos, y el campo de acción para el multilateralismo, que estará restringido. De la misma manera, no es posible ignorar que las soluciones duraderas o sostenibles solo podrían provenir desde ese ámbito.

En contrapartida, en varios países de Europa, en Nueva Zelanda y Australia, y en Japón y otros países de Asia, existen Gobiernos que impulsan salidas basadas en la preservación de las sociedades de bienestar, buscando marcos cooperativos y de transformaciones del funcionamiento del sistema internacional y de las economías de los países, de acuerdo con una agenda que contemple las necesidades del medioambiente y la equidad social (Sachs, en Lissardy, 2020a). Los países en situación de atraso y de subdesarrollo tendrían que aliarse a aquellos, porque impulsan la agenda cooperativa que es la que conviene al llamado “Tercer Mundo”, antes que el alineamiento con potencias enfrentadas. Los Gobiernos de Alemania, de Francia, de los países nórdicos y de Oceanía, que no son subdesarrollados, se constituyen en fuerzas en pro del multilateralismo y de la cooperación (lo que conviene a países con escaso poder relativo), con las que se podría hacer un frente y encabezar una “cruzada” conjunta. También los actores privados, como las fundaciones pro derechos humanos y medioambiente, o las organizaciones no gubernamentales y de la sociedad civil mundial, pueden ser actores globales conscientes del desafío, con gran capacidad de influencia, que resistan y apoyen una salida adecuada para el nuevo orden internacional pospandemia.

Desde posiciones de izquierda, autodenominadas “progresistas”, se ve la situación emergente de la crisis del COVID-9 tendente a la traslación del centro de poder hegemónico de Occidente a Asia Oriental. Al respecto, el diario *El Salto* editorializa lo siguiente: “Una reciente encuesta de *Foreign*

Policy entre doce intelectuales destacados concluye que Estados Unidos perdió su capacidad de liderazgo global y el eje del poder mundial se traslada a Asia. La pandemia es la tumba de la globalización neoliberal, en tanto la del futuro será una globalización más ‘amable’, centrada en China y Asia Pacífico” (Zibechi, 2020)

Estarían entonces simpatizando con un orden hegemonizado por China y, en ese escenario, deberíamos tener conciencia de que las tendencias que apuntan a un acrecentado poder chino se van a manifestar (como lo vienen haciendo) con una fuerza y un dinamismo productivo rapaz en el consumo de los recursos naturales, sin contemplar los efectos sobre el medioambiente, en un marco de restricciones a las libertades de las personas y sin democracia participativa ni deliberativa.

Es evidente que la pandemia del coronavirus o COVID-19 cambia varios elementos del sistema internacional del presente y que ha asestado un duro revés al sistema que surgió después de 1945. Las probables consecuencias no necesariamente apuntan a un desplazamiento de Estados Unidos, y sus aliados, y a la emergencia de China. Existen indicios de que en la misma región asiática se ve con preocupación el incrementado poder de China y son más de cien los países que solicitan que se haga una investigación imparcial acerca de las medidas y de las acciones que la República Popular China adoptó ante la aparición del COVID-19, en Wuhan, dadas las sospechas de que su manejo fue desprolijo e incluso mal intencionado. De esta manera, existe una especie de aislamiento de la potencia emergente, que podría acarrearle consecuencias para su liderazgo y su desempeño económico y político futuros.

Actores regionales, nacionales y locales de la recuperación y la deconstrucción

Es pertinente buscar mecanismos y fórmulas para que la región latinoamericana sirva como plataforma de actuación a nuestro país, en el marco internacional y mundial. Si la cooperación internacional será la modalidad de gestionar una salida de la crisis, la región también debería impulsar esa posición.

El multilateralismo fortalecido es la condición para la construcción de una nueva arquitectura internacional conductiva hacia una economía y una política internacionales con renovada visión, impulsoras de la deconstrucción tanto de la economía como de la política. Sin embargo, es en nuestra realidad donde debemos ubicar a los actores y las posibilidades concretas, para lograr algún resultado favorable. Es decir, la deconstrucción en escala global empieza en la escala nacional y local.

Desde nuestra posición geográfica y geoeconómica como país y como región sudamericana, teniendo en cuenta que la capacidad de influencia sobre los acontecimientos globales es muy escasa por el tamaño y la importancia de las economías, como también por el escaso poder relativo que pueden desplegar, debemos reflexionar acerca de las posibilidades de ser tomados en cuenta y de influir. No convendría ser marginales a los juegos de poder mundiales porque en ellos se juega el destino de los millones de latinoamericanos.

En ese escenario de debilidad relativa se deben potenciar los temas que hacen más importante a la región, aquellos en los que su posición es destacada a la hora de definir cursos de acción, esto siempre y cuando se logre hacerlo en vocería conjunta, con un planteamiento común; es decir, a través de los mecanismos de integración y de concertación formalmente existentes. Pero la integración que hoy (y desde hace algunos lustros) está en crisis existencial evidente, también debe ser deconstruida, en vista a generar una tendencia regional y de influencia global para el cambio global.

La capacidad de interlocución con el mundo, para construir un nuevo orden económico internacional, depende también de que la región se articule en torno a una visión convergente que debería incluir la agenda de transformaciones deconstructivas de la economía y de las relaciones entre los Estados.

Ya que Sudamérica es la región subcontinental con mayor biodiversidad del planeta y con mayor cantidad de agua dulce, además de ser la gran productora de alimentos y de recursos naturales, tiene importancia central respecto a los temas fundamentales del futuro. Más aún si tenemos en cuenta que el oxígeno que producen sus selvas tropicales es vital para la

vida planetaria. Por ello, debería ser un actor con mayor peso relativo en las decisiones de carácter político a nivel global.

En ese marco, no es recomendable que se siga avanzando en el modelo de desarrollo depredador del medioambiente, o extractivismo. Se necesita un cambio de chip en la región, en el mundo, pero sobre todo en cada país, porque la realidad es que las unidades componentes y con capacidad de acción son los Estados de cada uno de los territorios que componen la región.

Como proveedores de alimentos y de biodiversidad, de recursos mineros y de generación de energía, aspectos de creciente importancia en el mundo, el campo de acción debería ser menos limitado a lo que puede acontecer en situaciones de aislamiento no cooperativos de la región. El retroceso de los procesos de integración estuvo enmarcado primero en una liberalización y una ampliación del comercio asimétrico con Estados Unidos, que jugó un rol disolvente de los procesos propiamente latinoamericanos, y luego se instaló una especie de renovada “guerra fría”, debido a que los Gobiernos de diferente tendencia tuvieron posicionamientos enfrentados. Esos dos factores hicieron que la integración regional se estancara y retrocediera.

Algo que nos puede enseñar la historia es que, como países y no como región, América Latina estuvo presente en la Conferencia de Breton Woods y en la de San Francisco, que impulsó Naciones Unidas, lo que le permitió cierto margen para agendar sus temas en el momento constitutivo del Nuevo Orden Económico Internacional, poniendo lo referido al desarrollo y a la reconstrucción como los asuntos encargados al Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (hoy Banco Mundial), así como con la creación de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe, el Banco Interamericano de Desarrollo y la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo, entre otros. Asimismo, logró que se aceptara y se financiara un ambicioso programa de industrialización en los países, mediante la Estrategia de la Industrialización Sustitutiva de Importaciones, en torno a la que se incorporó el tema de la integración como un intento que acompañase a la política de transformación productiva y de modernización de esa estrategia.

Desde ese escenario, América Latina posicionó una temática propia o de origen endógeno para impulsar ese nuevo orden, con la pretensión de cerrar el deterioro de los términos de intercambio y la condición periférica, como fue el caso de la industrialización con políticas desarrollistas. Esto debería hacerse con mayor contundencia y visión de futuro para la definición de ese orden económico de alcance internacional, propugnando la deconstrucción de las realidades neocoloniales y extractivistas que reproducen el atraso y la pobreza.

Junto con la Guerra Fría y la imposición de los gobiernos militares, al igual que con el surgimiento de los movimientos subversivos, los fracasos y la crisis económica, como la deuda externa y la elevada inflación de la década de 1980, con un ajuste recesivo y de neoliberalismo, son los factores que claramente desestructuraron las opciones endógenas antes apuntadas. Sin embargo, la instauración de las democracias y el crecimiento de las capacidades múltiples que muestran los pueblos han de servir de basamento para esa renovada fortaleza de Latinoamérica en la búsqueda de un posicionamiento más ventajoso.

En el siglo XXI, ante los desafíos de la globalización, se ensayó un proyecto con falta de visión y penetrado por equivocados liderazgos, que generaron en nuestra región una reedición de la Guerra Fría, impulsando confrontación al interior de los mismos países y promoviendo un nacionalismo alineado con los poderes contrarios a la propuesta hegemónica del sistema occidental. La integración latinoamericana, que podría ser una alternativa para encontrar caminos comunes en la región, se dibuja actualmente muy borrosa, sin lineamientos esperanzadores.

Ante la actual crisis, ¿qué temas son los que deberíamos procurar? Grebe, en un artículo publicado en el periódico *La Razón*, hace la siguiente consideración: “preocupa que América Latina no demuestre capacidad alguna de defender colectivamente sus intereses fundamentales en las contiendas globales que ya se anuncian en el horizonte. Por arduo que se considere ahora, la integración regional es un imperativo puesto por las circunstancias mencionadas” (Grebe, 2020).

El mayor peligro que vislumbramos sobre Latinoamérica es que sufra el traslado de la competencia estratégica entre Estados Unidos y China

hacia su espacio territorial, forzando alineamientos y destruyendo el proceso de integración, dando por finalizada una etapa de varias décadas de relativa tranquilidad en términos de conflicto entre Estados, que significó la asunción de democracias y el fin de la Guerra Fría.

La presencia china en Latinoamérica empezó a verse con gran intensidad a partir del año 2000, en simultáneo con el advenimiento de los regímenes del llamado “socialismo del siglo XXI”. El Gobierno venezolano fue posicionándose como el líder regional de una cruzada *antiyanqui* y como el principal impulsor de la presencia china y cubana en el continente. Junto con el Gobierno cubano, diseñó una estrategia eficaz de penetración y logró importantes adhesiones en casi todos los países, y en buena parte de ellos apoyó la instauración de Gobiernos afines. Así empezó a darse una reedición de la Guerra Fría, la cual dominó entre las décadas de 1960 y 1980, y necesitaba del apoyo de un poder externo que, esta vez, ya no recayó en la desaparecida Unión Soviética sino en China, gobernada por el Partido Comunista.

Lamentablemente no se puede decir que la creciente presencia de empresas chinas y de ciudadanos de esa procedencia haya sido beneficiosa en nuestra región. Al contrario, abundan los ejemplos de una acción depredadora en los territorios, para la explotación intensa de recursos naturales como el oro, otra minería, la explotación forestal, así como las obras realizadas con una mala calidad, financiadas por créditos y ejecutadas por empresas chinas, con sobreprecio, etcétera (en Bolivia hay muchos ejemplos).

Con las grandes potencias enfrentadas en nuestro escenario geográfico, esa tensión podría tener un escalamiento muy grave. Para evitar que el conflicto de las superpotencias reinaugure una guerra fría, la región debería desarrollar marcos de prevención mediante la integración y un posicionamiento común claro de que Sudamérica no quiere convertirse en escenario de tales conflictos, con motivaciones extrarregionales que no atienden a ningún interés vital para nuestros pueblos, sino al contrario.

Sachs está convencido de que, bajo el liderazgo de Trump, Estados Unidos tiene el propósito de usar esta crisis para crear una nueva guerra fría con China, “no por accidente, por destino o por resignación a la

realidad, sino por intención” (en Lissardy, 2020a). Como dijimos, uno de los escenarios más probables sería Latinoamérica, donde ya existe una presencia importante de la potencia asiática en términos económicos y políticos, y una tradicional presencia y comprensión en Estados Unidos de que este es su espacio vital.

Tener todos esos desafíos y amenazas presentes, asumiendo una agenda de trabajo enfocada en objetivos claros, conlleva también un cambio de chip en la mentalidad de nuestras élites. Las nuevas élites, conductivas a la transformación hacia la sociedad del aprendizaje, deben estar convencidas de que es posible alcanzar esa meta, llevando adelante un movimiento de transformaciones, con base social ancha. Esto significaría abandonar el tradicional patrón de crecimiento basado en el extractivismo de recursos naturales, el rentismo al que están acostumbrados, y salir de una inserción con base en la competitividad espuria, asentando la competitividad en los bajos costos de la mano de obra y en la dilapidación de los recursos naturales, heredando un enorme pasivo social y ambiental a las futuras generaciones.

¿Cómo gestionar una agenda de transformaciones?

En un solo país es posible tener más certezas o planteamientos más viables. La agenda de trabajo acotada a un espacio nacional es más concreta y, en ese territorio, se pueden articular propuestas de política pública que vayan en dirección de la deconstrucción del patrón de desarrollo, transitando a uno que incorpore las preocupaciones sobre el bienestar y la preservación de la naturaleza.

Hacia los territorios y los espacios institucionales locales se pueden promover posicionamientos que involucren el tema del desarrollo, con inclusión y cuidado del medioambiente, procurando una especialización inteligente que ponga en prioridad la dotación de bienes públicos como la salud, la educación, el saneamiento básico y el trabajo digno. Al contrario de la idea muy difundida de que lo mayor determina lo menor, o sea que el sistema determina lo que se puede hacer, nuestra posición es la inversa, contribuyendo desde lo local y lo nacional a formar una sumatoria de fuerzas

nacionales a favor de otra forma de entender la relación de la sociedad humana entre sí y con la naturaleza.

Un proyecto o plan nacional para cambiar las estructuras y las constantes del país debe ser impulsado para movilizar a la sociedad hacia un fin definido. Esto debe empezar con una clara visión y un mensaje preciso de lo que se pretende cambiar, y orientar la nación hacia una nueva situación que privilegie a sus habitantes y su territorio, ambientalmente de los más ricos del mundo.

Desde los territorios, es central concientizar a la sociedad civil para que influya sobre los actores y las instituciones, para que lleven adelante una agenda de transformaciones y que eso vaya a lo nacional, imponiendo también una agenda de trabajo y de políticas. Esto significa tener de partida una buena visión de lo que se debe y de lo que se puede hacer. Desde lo nacional, los líderes deben apuntar en el mismo sentido y proponer cursos de acción precisos que, transmitidos a la acción externa, se articulen con los movimientos globales más influyentes, en favor de esa agenda.

Cuando la pandemia lo permita, en Bolivia deberá debatirse sobre el paradigma o modelo de desarrollo y la propuesta necesaria para que se adopten las medidas dirigidas a una deconstrucción de la economía y de la sociedad, en la perspectiva de transitar adecuadamente por las situaciones que nos impone el siglo XXI. Las nuevas circunstancias del mundo y de la economía son claras. En consecuencia, se debe agarrar la situación con la energía nacional que merece, dando un salto para construir una sociedad mejor, que genere valor y que disfrute de la enorme riqueza que le ha dado la naturaleza.

Seguir el esquema tradicional de profundizar el capitalismo depredador es algo que está en el chip de las élites tradicionales, que han medrado siempre de este país. Los actores de la vieja oligarquía quieren monopolizar nuevamente el poder político y buscar soluciones donde siempre resultaron los fracasos.

No se puede impulsar al país en el nuevo sistema que se está imponiendo en el mundo con los mismos paradigmas: extraer los recursos naturales y dejar que los factores depredadores de la naturaleza y de la riqueza nacional sigan actuando, como lo son la explotación del oro, el saqueo de la madera,

la agricultura deforestadora, la minería contaminante, la banca usurera y las logias enquistadas en el aparato público, sin generar opciones de trabajo digno para la población.

Se necesita avanzar en la construcción de una sociedad del aprendizaje, donde el bien común, los bienes públicos, tengan prioridad. Esta tarea debe dejar de ser una utopía para que las generaciones futuras lo hagan. Debemos empezar desde ahora a impulsar el debate y a presentar las argumentaciones, y a ser convincentes, para que esto se plasme en verdaderas políticas públicas, empezando con una propuesta deconstructiva del desarrollo, pasando a un planteamiento de proyecto político nacional, hasta convertirlo en un planteamiento para la construcción de un mejor futuro para toda la humanidad.

Bibliografía

- Acemoglu, Daron y Robinson, James
2014 *Por qué fracasan los países. Los orígenes del poder, la prosperidad y la pobreza*. Barcelona: Booket, Grupo Planeta.
- Arden, Jacinda
2020 “Economic growth is an unnecessary evil, Jacinda Arden is right to deprioritise it”. *The London Economic*, “Opinion” (31/05/2019). Disponible en: <https://www.thelondoneconomic.com/opinion/economic-growth-is-an-unnecessary-evil-jacinda-arden-is-right-to-deprioritise-it/31/05/>
- Beltrán, José Luis
2020 “Historia de las epidemias: de la peste negra al coronavirus”. ABC (web), “Cultura” (14/04/2020). Disponible en: https://www.abc.es/cultura/libros/abci-historia-epidemias-pestes-negra-coronavirus-202004122321_noticia.html?ref=https:%2F%2Fint.search.tb.ask.com%2Fsearch%2FGGmain.jhtml%3Fct%3DARS
- Bhagwati, Jagdish
1990 *Economía proteccionista*. México: Gernika.

- Baylis, John; Smith, Steve y Owens, Patricia
 2019 *The Globalization of World Politics. An Introduction to International Relations*. Oxford, Reino Unido: Oxford University Press
- Escobar, Arturo
 2015 “Más allá del desarrollo: postdesarrollo y transiciones hacia el pluriverso”. En: Ojeda, Táhina (coord.), *Antología del desarrollo*. Madrid: Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación, Universidad Complutense.
- Grebe, Horst
 2020 “Escenarios después de la pandemia”. *La Razón*, “Voces” (17/05/2020). Disponible en: <https://www.la-razon.com/voces/2020/05/17/escenarios-despues-de-la-pandemia/>
- Guterres, Antonio
 2020 “Crisis del coronavirus | ‘El mundo no fue capaz de unirse y enfrentar la covid-19 de forma coordinada’”. BBC News Mundo (web) (03/05/2020). Disponible en: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-52509664>
- Keynes, John M.
 1980 [1936] *Teoría general del interés, la ocupación y el dinero*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kissinger, Henry
 1995 *La Diplomacia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lenoir, Francois
 2015 “Bill Gates gobierno mundial”. Reuters (web) (31/01/2015). Disponible en: <https://actualidad.rt.com/actualidad/165093-bill-gates-gobierno-mundial>
- Lipton, David
 2019 “El futuro de Bretton Woods”. Conferencia con motivo del 75.º aniversario de Bretton Woods. Fondo Monetario Internacional (web) (16/07/2019). Disponible en: <https://www.imf.org/es/News/Articles/2019/07/12/sp071619-the-future-of-bretton-woods>
- Lissardy, Gerardo
 2020a “Coronavirus | Entrevista a Jeffrey Sachs: ‘El propósito de EE.UU. es usar esta crisis para crear una Guerra Fría con China

- y eso es peligroso”. BBC News Mundo (web) (15/05/2020). Disponible en: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-52672591>
- 2020b “Coronavirus: los 2 grandes escenarios mundiales que plantean algunos expertos para después de la pandemia”. BBC News Mundo (web) (05/05/2020). Disponible en: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-52526090>
- Marx, Carlos y Engels, Federico
2013 *El manifiesto del Partido Comunista*. Madrid: Fundación de Investigaciones Marxistas. Disponible en: <https://web.archive.org/web/20180127065756/http://www.pce.es/descarga/manifiestocomunista.pdf>
- Mazzucato, Mariana
2019 *El valor de las cosas. Quién produce y quién gana en la economía global*. Madrid: Taurus.
- Mingst, Karen
2006 *Fundamentos de las relaciones internacionales*. México: Centro de Investigación y Docencia Económicas.
- Morgenthau, Hans
1992 *Política entre las naciones. La lucha por el poder y la paz*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- Svampa, Maristella
2015 “La disputa por el desarrollo: territorio, movimientos de carácter socio-ambiental y discursos dominantes”. En: Ojeda, Táhina (coord.), *Antología del desarrollo*. Madrid: Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación, Universidad Complutense.
- Zibechi, Raúl
2020 “Coronavirus: A las puertas de un nuevo orden mundial”. *El Salto* (web) (25/03/2020). Disponible en: <https://www.elsaltodiario.com/coronavirus/geopolitica-china-estados-unidos-union-europea-a-toda-velocidad-hacia-el-caos-sistemico>